

RODOLFO TOPFFER Y SU SIGNIFICACION

Rodolfo Topffer nació en el año 1799 en Ginebra, en cuyo Liceo se educó, coincidiendo su llegada al mundo con la fecha de la formación de la República Helvética. Su padre, Adam Töpffer o Toepffer, fue un célebre pintor, hijo de un relojero alemán, y su vida transcurrió durante algunos años en Francia. En París dio lecciones a la Emperatriz Josefina, lo que sin duda contribuyó a la difusión de su ya merecida fama. En compañía de su hijo, cuya breve semblanza trazamos en estas líneas, recorrió los parajes de su tierra, frecuentando los mercados y ferias de muchos pequeños lugares, al tiempo que recogía un sinfín de escenas populares en todo su verismo. Años de adolescencia, existía entre ambos una estrecha camaradería. Aunque el hijo y alumno tenía muy firme vocación pictórica, al no ser forzado por su padre y maestro no abandonó sus estudios, formándose sólidamente, aunque no destacara por su brillantéz en los cursos. Sin embargo, cuando sólo tenía veintitún años, ya terminados los de índole propedeútica, ante la grave enfermedad de la vista que padecía y siguiendo el consejo que le fue dado por los especialistas de escoger otra actividad menos lesiva para sus facultades visuales, se consagró a la Pedagogía, siguiendo el ejemplo de otros compatriotas, singularmente de Pestalozzi, cuyo sistema se basaba en la observación directa de la naturaleza y que precisamente hacía los años en que Topffer naciera había fundado una escuela para niños abandonados y vagabundos.

Estuvo un año, el de 1820, en el París de la Restauración, y como ciertamente nos dice Marianne Gagnebin, cuando en las calles de la capital de Europa lucían las damas las primeras crinolinas y los chales de cachemira, cuando a pesar de la censura y de la vigilancia de la Policía en auge, sin meterse en asuntos políticos, como era natural en su condición de joven extranjero, manteniéndose al margen, sus pobres ojos devoraban con curiosidad inquieta todo cuanto le rodeaba, comunicando con frecuencia las impresiones que allí formaba a sus familiares, en extensas misivas.

Se graduó en la Academia de Ginebra, y tras desempeñar por breve tiempo un puesto de maestro en una institución de enseñanza privada, en la que por cierto conoce a la que fue su esposa, mujer cultivada y de dulce carácter, con ayuda de ella funda en 1823 el Instituto Pensionado, uno de los primeros en su género. La figura del autor de esta obra se nos presenta como la de un buen pedagogo, encantador escritor, lleno de espíritu de observación, de agudeza y de amenidad, formidable dibujante. (Abi tenemos la anecdótica sonrisa del encumbrado Goethe ante sus dibujos), buen ciudadano, profesor de la Academia, alpinista y gran difusor de esta afición y como la de un maestro y amigo perfecto. Creó también una modesta sociedad literaria, a cuyas reuniones a costa de sacrificios nunca dejaba de asistir, mantuvo correspondencia con Saint Beuve, quien le dedica con ocasión de la publicación de su citada obra una nota sobre sus calidades y formación pictórica y paisajística, en la que se considera el interesante

tema de las distintas estribaciones del alpaje, laderas y montaña media, así como de las cimas y cumbres; también se carteo con Xavier de Maistre, entre otros, bien conocidos escritores. Poco después de su muerte, acaecida en junio de 1846, el pintor, gran compañero de su padre, que forma en el grupo de iniciadores de la pintura alpestre, influenciada en sus orígenes por los maestros paisajistas flamencos, Pedro de la Rive escribió: «Empuñando la pluma o el pincel en la mano, tanto en medio de un círculo de amigos como en íntima conversación junto al fuego del hogar, rodeado de las bellezas sublimes y parajes aterradorantes de los grandes Alpes por donde paseaba, en el sombreado sendero de una granja o pradería, fue siempre el hombre de las impresiones vivas y verdaderas, cuyo corazón abierto a los goces simples y puros saboreaba con delicia los ocultos tesoros que la Providencia concede a los que saben buscarlos y que nadie mejor que él sabía descubrir. Un fondo inagotable de alegría enmarcaba de la más favorable manera estas disposiciones tan adecuadas a contribuir a su dicha y la de cuantos le rodeaban.»

En 1841 fundó un periódico, «El Correo de Ginebra», que apareció dos veces a la semana a lo largo de 1842. El intenso trabajo y las desilusiones, sobre todo en la vida pública, entendida como modesta actuación de verdadero civismo, hicieron mella en su ya quebrantada salud, se presentó una dolorosa enfermedad de hígado, a consecuencia de la cual tuvo que retirarse de aquélla y motivó su frecuentación a bañearios y el que pasara temporadas de vida campestre, alternando sus trabajos literarios con ocupaciones en las tareas del campo. No cejaba en planear vastos proyectos que sólo en pequeña parte pudo llevar a cabo. Continúan sus curas, ya que la enfermedad no cede, mas a pesar de una acentuada melancolía y natural tristeza lucha con abinco, profundizándose su inspiración. Hacia el final de su vida escribe: «De aquí en adelante converso a solas con la muerte... Poco temo a su última acometida, pero sí a las prolongadas crueldades con que a menudo atormenta a su presa antes de devorarla. Mi deseo y mi esfuerzo se centran en que no sorprenda desfallecida la entereza de mi alma y en que no agrie y altere mi carácter.»

En su trabajo «Des voyages de De Saussure», publicado el año siguiente al de la «Excursión a la Gran Cartuja», cuya traducción sigue a esta introducción, R. Töpffer escribía: «Lo que me impresiona más en estas páginas es cierto vigor antiguo y sencillo, notorio en el comportamiento, los gustos y las maneras del viajero. Aquel sabio rico, becho a las comodidades de la vida, en cuanto se acerca a sus amadas montañas, empuña un nudoso bastón, y fiando sólo en la fuerza de sus piernas, conviértese en un vulgar campesino de Chamoix; además, como se trata de una comarca que carece de hospedajes y recursos, acepta sin contrariedad lo rústicos alimentos y los primitivos albergues de los compañeras que ha elegido. Muchas alegrías puras vivas y elevadas le compensan de algunas privaciones. Conoce también un gran secreto que todos saben y pocos practican. El apetito y el suave reposo se encuentra en lo alto, y es allí donde hay que ir a buscarlo. Noble es saber preferir los placeres del intelecto a los de una vida opulenta, pero también lo es preferir los placeres laboriosos a muelles pasatiempos», y entonces, en aquellos momentos, hace ya bastante más de cien años deplora y lamenta que «después de Saussure se han abierto caminos y construido hoteles hasta en las cumbres; carros, mulos y literas llegan a todas partes, y el gran secreto, cus-

todiado por unos pocos iniciados, se pierde en manos de una multitud.» Para Töpffer, pensamos, hay, por otra parte, un arte de dar vueltas y paseos, y las meditaciones que en el curso de estas caminatas van brotando suponen una verdadera formación del espíritu, en la que no deja de tener un gran significado el saber escuchar y dejarse oír sin usar de amplios períodos oratorios, y quizá lo consiguió por ser un buen profesor de retórica. Después expresará lo oído y pensado con singular fijeza y ponderación.

El moralista, tan aficionado a las excursiones, inició a nuestros abuelos y aun mejor diríamos tatarabuelos en el sano disfrute de las alegrías que ofrece la montaña, y aunque no fuera el primero, lugar que en lo que se refiere a las excursiones por los Alpes, ha de reservarse a Juan Jacobo Scheuchzer, naturalista y médico zuricense, «quien realiza una serie de paseatas de mayor o menor duración por los caminos montunos en compañía de sus alumnos, empezando así la costumbre de organizar pequeñas caravanas escolares que tan de moda fue paulatinamente poniéndose durante el siglo XVIII hasta culminar en los de Töpffer», de quien no puede negarse que verdaderamente fue un precursor de los viajes de turismo juvenil benéfico de deseos de respirar aire invigorante y de aventuras, de escaladas o de helioterapia, en espera de que varios años después, en 1863, surgiera el viaje turístico organizado, practicado desde entonces por gentes que en crescendo buscan una segunda juventud dorada.

En las salidas de Don Quijote, hidalgo de profesión que más que correr aventuras por el sólo hecho de sus avatares, quiere dar fe de que salió a buscarlas siguiendo o procurando hacerlo así, al estilo, a la regla de los caballeros andantes, hay una búsqueda de hacer el bien heroicamente y con ansias de lograr la justicia, en la que se encuentra con el envés de un mundo hampón y trajinero a la medida de los que así lo hacen donde campea la realidad, brutal en ocasiones, de la que Sancho se hace justificador de tomo y lomo —en particular porque ha nacido en ella y además la entiende y considera natural, aquella llamada entonces picaresca y hoy «sociedad competitiva»—, aunque a su manera comprenda y admire a veces el idealismo de su caballero andante, que, además de idealismo, es moral. Sancho llega a sentirse contagiado a veces, aunque no siempre precisamente con acierto, de su desinterés y afán, algo ciego, de cambiar tantas y cuantas cosas o de despuntar como desfacedor de entuertos; ahora bien, de ser posible —en aquel entonces era más difícil que ahora a río revuelto—, con la andorga llena y sin muchas ganas de meterse en complicaciones que acarrear quebraderos de cabeza o palos y manteos, cuando como con frecuencia sucede no es el caso de tenerse las que haber con aguaciles, más o menos aguacilados. A este respecto encontramos unas páginas en las que el autor nos ilustra en «Viaje a la Gran Cartuja», y en una de sus disquisiciones con el profundo eco que encuentra en Cervantes, a quien como tantos otros clásicos de literaturas extranjeras había leído con verdadero entusiasmo.

La aventura del encuentro con el paisaje y las gentes que lo habitaban fue como la crisálida de donde en paciente metamorfosis había de larvarse la avidéz por abandonar los lares, el caparazón de su casa, barrio, vecindad o entorno de los chicos y las chicas que hoy por la tierra, el mar y el aire parecen ir como en aquel viaje de Pedro en pos de la fortuna o en busca del Pájaro Azul.

El mérito de Rodolfo Töpffer estriba en gran parte en sacar la escuela al campo, en una vuela al peripatetismo, despertando y

despabilando en la juventud el gusto por las paseatas, por el excursionismo y los viajes, saliendo de las industriosas ciudades o de los aburridos villorrios al mismo tiempo que creando una sociabilidad, tanto entre los que se van juntos, en grupo por veredas o caminos reales como en sus encuentros con las gentes que salen a su paso.

Busca la naturaleza, la comarca en que se mueven dispersos los lugareños, y lo hace con los destellos y vestigios de vida que de aquella cotidianamente se desprenden. La simbiosis entre los seres y y el árbol bajo cuya sombra se sanean, la fuente de cuyo manantial beben y el refugio en que se guarecen, es sólo comparable al discurrir de un caudal de agua por su cauce o cacería, cuando van recogiendo y sin parar, como no sea en un breve remanso, siguen dando a lo que viene camino adelante el limo de aquellos lechos por los que han transitado. La leve meditación («Menús propós») y el humor, la anécdota y el consejo que proporciona la experiencia, van fluyendo saltarianamente con algo que tiene mucho de donosura.

¿Y cómo gusta de dar parte al razonamiento o a la imaginación del lector en la trama de sus descripciones o reflexiones! Es discreto y moderado en las apreciaciones, el humor matizado de una frágil ironía, y el hilo de su prosa, educa, enseña, docere et discere, distrayendo con amenidad que a veces bordea un espontáneo o contrastadamente atildado descaro. No nos cabe duda de que Töpffer es un pedagogo y más insistiríamos en como sabe educar distrayendo. Para ello hace pasear a sus alumnos, y para estimular su reacción los saca de las áridas disciplinas tras de estudiar unos itinerarios en una época en que esto apenas se hacía, sale auténticamente con ellos de excursión o de viaje, después de haber calculado más o menos a la buena de Dios los gastos en que habrán de incurrir. En cierto modo, su obra es una pieza maestra de literatura, aunque raramente se haya considerado así. Quizá por esa viviente espontaneidad a que hemos aludido, no es un preciosista de la lengua francesa y creemos que de proponérselo hubiera podido serlo. ¿Acaso lo fue Cervantes sin pretender ponerlo a su altura? Las épocas, las edades y las vivencias están inmersas en unos ideales y en unos aconteceres que, teniendo cosas en común, son bien distintas. Aunque no sea este el lugar en que pudiéramos analizar la obra literaria de R. Töpffer, sí debemos dar al menos una noticia acerca de esta obra que encierra el más breve relato de sus excursiones.

El viaje a la Gran Cartuja realizado en 1833, fue distribuido, como los otros relatos de excursiones, por un procedimiento mimeográfico de su invención, y apareció formando parte de «Nouveaux Voyages en Zigzags», cuya primera edición se publicó bajo los auspicios de M. Dubochet en un bello volumen junto a otras dos excursiones de mayor duración: «Viaje a Ginebra y a la Cornisa», que tuvo lugar de septiembre a octubre de 1834, y la última gran excursión que realizó Töpffer en compañía de sus alumnos en 1842, «Viaje en torno al Mont Blanc y por los valles de Herens, de Zermatt y Grimsel».

Jaime H. SAMPELAYO